SANTA MARIA DE COSNEDINO.

(EN ROMA.)

La iglesia llamada de la *Boca de la verdad* corresponde á un género bellísimo de arquitectura. Del antiguo templo, semi-pagano, semicristiano, que obtuvo aquel nombre, queda una gran parte *dellacella*, formada por grandes masas cuadriláteras de mármol y ocho magníficas columnas. Se conservan cinco de estas en la fachada interior de la iglesia, dos en el costado septentrional, y una en la sacristía. El interior se compone de tres naves, separadas por doce columnas de mármol, y el pavimento es de piedra dura. Los púlpitos, en que se leian los evangelios, así como todos sus adornos, son hermosísimos, y en la tribuna se ve una gran silla pontifical de mármol. El altar mayor, aislado en el fondo de la nave principal, es de una sola pieza de granito rojo de Egipto, y está cubierto por un pabellon, sostenido por cuatro columnas del mismo granito.

Esta iglesia, la segunda que en Roma se consagró á la Virgen, se llamó al principio *Santa Maria de la escuela griega*, porque sus ministros pertenecian á una cofradía griega: una bellísima imágen, llevada de Grecia, atestigua los principios de su fundacion. Se asegura que San Agustin enseñó en este edificio la gramática griega: S. Adriano primero hizo reedificar y enriquecer la iglesia, que recibió el nombre de *Cosmedinos*, de la palabra *cosmos*, que significa adorno. Por último, el pueblo dió en llamarla otra vez *Chiese della Bocca della Verità*, á causa de la figura que se ve en el estremo izquierdo del peristilo, y que todavía inspira á los niños el mismo temor que los oráculos antiguos. A la menor sospecha de que mienten, se les amenaza con la boca fatal, y esto les contiene mucho en su propension natural á no decir la verdad.

La fuente que adorna la desierta plazuela á un lado de la iglesia se debe á los diseños de Carlos Bizzacheri.

Antes del pontificado de Clemente XI el piso de la plaza estaba muy alto, y era preciso bajar muchos escalones para entrar en la iglesia.

10 DE ABRIL DE 1853.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

(Conclusion.)

ZAMORA.—CAÑIZARES.

Vamos á terminar con el presente artículo la série de los que venimos dedicando al teatro español del siglo XVII, ocupándonos hoy en dos autores que, aunque no escribieron ya propiamente en él, y si en la primera mitad del XVIII, pertenecen por su gusto, por su forma, por su estilo é intencion declarada á la escuela de Lope de Vega y Calderon, de la cual fueron los últimos felices cultivadores.

D. Antonio de Zamora, natural de Madrid, como él mismo asegura en sus obras, aunque sin precisar la fecha de su nacimiento, fué gentil-hombre de la casa de S. M., oficial de la secretaría del Consejo de Indias, y pudo fallecer hácia los años de 1740. Fué un poeta lírico y dramático muy estimado en su tiempo; y sin duda alguna deben reconocerse en sus obras dotes muy relevantes para el cultivo de las musas, si bien viciadas por el mal gusto de la época que alcanzó.

Sus comedias, muchas de las cuales escribió por espreso encargo de la corte para el real teatro del Buen Retiro, componen dos tomos en cuarto; el primero de ellos salió á luz en vida del autor en 1722, y reimpreso despues de su muerte juntamente con una segunda parte en 1744; comprenden ambos diez y siete comedias, que no son sin embargo la mitad de las que escribió Zamora, como anotamos despues.

En ellas se propuso evidentemente el autor, y segun él mismo repetidamente asegura, la imitacion mas sumisa de su gran maestro D. Pedro Calderon; aunque careciendo del ingenio colosal y la brillante y espontánea imaginacion de aquel, sucedióle á Zamora lo que á otros que se habian propuesto igual objeto, y fué el de acertar rara vez á imitar las bellezas, y caer frecuentemente en el escollo de remedar y exagerar los estravíos del primero. Como escepcion favorable de esta última regla podriamos citar la conclusion de *El pleito matrimonial*, auto sacramental que dejó sin terminar Calderon, y escribió Zamora, llevando á tal punto la imitacion, que es imposible decir dónde empieza su obra; la comedia heróica de *Mazariegos y Monzalves*, feliz inspiracion de aquel grandioso modelo; la de *El convidado de piedra, y no hay plazo que no se cumpla*, que popularizó en nuestra escena este magnífico argumento, iniciado en ella por *Tirso de Molina; La defensa de Cremona*, comedia evidentemente de circunstancias, y la pastoral titulada *Siempre hay que envidiar amando*. A pesar de estas honrosas escepciones y alguna otra que pudieran ofrecernos las comedias de intriga ó de capa y espada, géneros en que tambien ejercitó Zamora su pluma, preciso es convenir que se quedó casi siempre á una distancia considerable de sus modelos, y que no consiguió volver á la vida, sino galbanizar mas bien momentáneamente y en muy cortos intervalos la comedia amorosa de Lope y de Tirso, la ingeniosa y magnífica de Rojas y Calderon.

Otra cosa tal vez hubiera sido, si bien aconsejado Zamora por su mismo ingenio, y en vez de empeñarse en seguir servilmente aquella imitacion, hubiera caminado por la fácil senda que aquel parecia marcarle; la senda no menos gloriosa que abria por aquel tiempo en el teatro de la nacion vecina el gran talento de Molière, el drama propiamente cómico y la pintura festiva de costumbres y caractéres. Así debemos suponerlo á juzgar por las comedias que, aunque exageradas tambien en este estilo, dejó escritas Zamora, y singularmente por una de las mas célebres producciones con que enriqueció nuestra escena en este género, y es la que aun hoy se representa frecuentemente con general aplauso y lleva el título de *El hechizado por fuerza*. Esta lindísima comedia, que ha llegado hasta nosotros con toda la frescura y lozanía de la juventud, pertenece verdaderamente al género recargado ó *de figuron*, de que habian ofrecido ya señalados ejemplos en nuestra escena Rojas y Moreto, y que cultivaba tambien con acierto el gran padre de la escena francesa; pero admitido el género (¿y qué censor por adusto que fuera se atreveria á rechazarle?) preciso es convenir en que el tipo del miserable clerizonte D. Claudio, asustado por sus supuestos hechizos y luchando entre su desconfianza y su miseria, es uno de los personajes mas cómicos y mas admirablemente trazados que se han presentado en las tablas. En su boca cada palabra es un chiste, cada razonamiento, cada diálogo un modelo de espresion cómica y teatral. No citamos ninguno, especialmente por el riesgo de darle una injusta preferencia sobre los demás, y tambien porque siendo tan conocida esta comedia, todos los aficionados al teatro y aun el público en general la sabe casi de memoria, presentándose simultáneamente á su imaginacion con el *hechizado* las admirables figuras de un *Querol*, de un *Oros*, de un *Cubas* y de un *Guzman*.

Tambien siguió Zamora la misma pintura de caractéres exagerados ó de figuron en *D. Domingo de D. Blas*, y alguna otra de sus piezas dramáticas; pero no fué en ellas tan feliz como en la del *Hechizado*, en que puede decirse que se escedió á sí mismo, y dejó consignado el primero de los títulos de su gloria.

COMEDIAS

DE D. ANTONIO ZAMORA.

Amar es saber vencer, y el arte contra el poder.
Amor es quinto elemento.
Aspides hay basiliscos.
Blason (el) de los Guzmanes y defensa de Tarifa.
Cada uno es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.
Columna sobre columna.
Con bellezas no hay venganzas.
Con música y por amor.
Custodio (el) de la Hungria, San Juan Capistrano.
Desprecios vengan desprecios.
Destruccion (la) de Tebas.
Doncella (la) de Orleans.
D. Bruno de Calahorra.
D. Domingo de D. Blas, no hay mal que por bien no venga.
Duendes con los alcahuetes y el espíritu foleto; primera y segunda parte.
Fé (la) se firma con sangre.
Hechizado (el) por fuerza.
Honda (la) de David.
Indiano (el) perseguido.
Judas Iscariote.
Lucero (el) de Madrid San Isidro Labrador.
Matarse por no morirse.
Mazariegos y Monsalves.
Mística (la) monarquía.
No muere quien vive en Dios.
Por oir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.
Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con honor, y defensa de Cremona.
Primer (el) inquisidor San Pedro Mártir.
Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas.
Ser fino y no parecerlo.
Siempre hay que envidiar amando.
Templo (el) vivo de Dios.
Todo lo vence amor.
Victoria por el amor.
Viento es la dicha de amor (zarzuela).

CAÑIZARES.

D. José de Cañizares es el otro poeta dramático que juntamente con Zamora cultivó todavía en la primer mitad del siglo último la escuela del antiguo teatro español, y la cultivó con tanto mayor éxito, cuanto indudablemente sobrepujaba á aquel en prendas de invencion, ingenio y agudeza. La fecundidad, por otro lado, de su númen poético, y que solo conoce rival entre los primeros dramaturgos del XVII, le permitió producir casi un centenar de piezas; y la brillantez de su imaginacion, la variedad de su gusto, y el estudio que sin duda habia hecho ya de los recientes modelos de la escuela francesa, le dieron motivo para poder imitarlos á todos alternativamente, muchas veces con tan buen resultado, que pudieran equivocarse sus obras con las mismas de sus modelos.

El escelente crítico y poeta D. Alberto Lista decia que «Cañizares »no es solo Calderoniano, sino acaso el que imitó mejor la elocucion, »el arte de versificar y la disposicion de la fábula que son propias del »maestro,» y cita como ejemplos de buen estilo, versificacion y gravedad en la sentencia, las comedias tituladas *Tambien por la voz hay dicha* (imitacion de *El alcalde de sí mismo*, de Calderon), *Por acrisolar su honor*, *competidor*, *hijo y padre*, y la de *El sacrificio de Ifigenia*; señalando en prueba estos y otros versos de ella que le parecian del mismo Calderon:

El orbe que oyó el estruendo
de las trompas y las cajas,
ya de aquel susto primero
convalece en la tardanza;
juzgando ó que es guerra injusta
la que tierra, viento y agua
resisten, ó que el temor
de no conseguir la hazaña,
es rémora á nuestro impulso,
es remo á nuestra venganza.

En *Las cuentas del Gran Capitan*, en *El picarillo en España*, en *Yo me entiendo y Dios me entiende*, en la de *En los hechizos de amor, la música es el mayor*, en *La mas ilustre fregona*, en la de *El honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas*, en las de *Carlos V sobre Túnez*, *El asturiano en la corte y músico por amor*, en la de *Fieras afemina amor*, en la de *El pleito de Hernan Cortés*, y en la mayor parte en fin de las que componen el abundoso repertorio de Cañizares, se reconocen visibles imitaciones de la invencion, artificio y estilo de Lope y Calderon, Tirso, Montalvan y Velez; en otras aspira á sostener la competencia con Moreto y Solis en la correccion y fuerza cómica; en otras de asuntos místicos, mitológicos y fantásticos, delira con el mismo desenfado que pudieran hacerlo un Matos ó un Diamante; en otras, en fin, adopta el estilo apellidado *culto*, metafórico, hinchado y pedantesco, que tan en moda habian puesto en los salones de palacio todos los poetas desde Góngora hasta Candamo.

Cañizares tambien tiene otra especialidad como abastecedor del teatro popular de su siglo, y es la de las comedias de mágia con gran aparato de tramoyas y decoraciones, y un constante interés en el argumento, que las hacia ser el embeleso del vulgo, y aun han llegado hasta nosotros á tiempo de recrear nuestra infancia. Las cuatro partes de *El asombro de la Francia Marta la Romarantina*, las tres de *El anillo de Giges*, las dos de *D. Juan de Espina*, y alguna otra, han sido el espectáculo popular de muchas generaciones, el recurso de los cómicos y el áncora de salvacion de las empresas teatrales.

Pero sobre todos estos méritos descuella la verdadera índole del talento de Cañizares en el género, grotesco si se quiere, pero altamente cómico, apellidado *de figuron*. En este punto puede decirse que nadie rayó tan alto, pues ni Calderon en *D. Toribio Cuadrillos*, ni Moreto en *El lindo D. Diego*, ni Rojas en *D. Lucas del Cigarral*, ni el mismo Zamora en *El Hechizado*, ofrecen á nuestros ojos una figura tan epigramática, tan cómica, tan viva, tan chistosa como *El Dómine Lucas*, el infatuado hidalgo montañés que lleva á un desafio su árbol genealógico para que le sirva de escudo, y que espone sencillamente de esta manera las condiciones de su alcurnia.

LUCAS..... Yo en la montaña
tengo una bonita hacienda,
á Dios gracias, que un abuelo
mi deudo por línea recta
fundó, ciento y dos mil años
antes que Cristo naciera.
ANTONIO..... ¡Antiguo blason!
LUCAS..... Dejóme
con calidad esta renta
de que entre á gozarla yo
desde el dia en que me muera.
D. ENRIQUE.. ¿Desde que os murais? Pues muerto,
¿de qué os sirve?
LUCAS..... Tengan cuenta.
Pues ¿cómo quereis que mande
que viva un hombre con ella
si es hacienda de montaña
que hincha, pero no sustenta?
D. ENRIQUE. ¿Pues cuánto es?
D. LUCAS.... Doce ducados,
y tiene un censo de treinta.
. . . . . .
El caso es que mi nobleza
tan antigua, que á diez millas
huele á lo rancio que apesta,
no permite que me entregue
todo entero á quien no sepa
que es muger tan recatada,
tan mirada, tan atenta,
tan noble y tan tarantan.
D. ENRIQUE.. ¿Qué es tan tarantan?
D. LUCAS..... Discreta,
frase con que yo me esplico,
dando á entender que quisiera
muger que no se asustara
de cajas ni de trompetas, etc.

Y prosigue así durante toda la comedia desplegando su carácter infatuado, malicioso y necio, admirablemente puesto en juego con el de la tonta Doña Melchora, y el tio abogado que enamora en términos de proceso.

Otros muchos personajes del género recargado ó de figuron escitan la continua risa y la simpatía del público en las comedias de Cañizares. Su D. Lain de *Los hechizos de amor*, el D. Lorenzo de *El mas bobo sabe mas*, el D. Policarpo de *La ilustre fregona*, el Don Cosme de *Yo me entiendo y Dios me entiende* y otros muchos caractéres ingeniosamente desenvueltos por Cañizares con una espontaneidad y gracia cómica, que solo puede compararse á la de nuestro contemporáneo el fecundo autor de *El pelo de la dehesa*, hace lamentar que tan abundoso y natural ingenio malgastase sus fuerzas en imitaciones de escuelas y de estilos que ya habian caducado, y en las que, por muy buenas que fueran, nada superior quedaba por hacer.

D. José de Cañizares nació en Madrid en 4 de julio de 1676, y es fama que desde muy tierna edad empezó á distinguirse por su grande ingenio, que le permitió componer á la de catorce años la apreciable comedia de *Las cuentas del Gran capitan*. Fué militar, teniente capitan de caballos corazas, y murió en 4 de setiembre de 1750 en la plazuela de santo Domingo donde habitaba. De sus comedias en coleccion, solo se publicaron dos tomos que comprenden veinticuatro; pero estas y las demás han sido impresas muchas veces sueltas, y son muy comunes y conocidas.

COMEDIAS

DE D. JOSÉ DE CAÑIZARES.

Abogar por su ofensor, y baron del Pinel.
Acis y Galatea (zarzuela).
Asombro (el) de la Francia, Marta la Romarantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte.
Anillo (el) de Giges, primera, segunda y tercera parte.
Amazonas (las) de España.
Amando bien, no se ofenderá un desden.
Angel (el) del Apocalipsi.
Angélica y Medoro (zarzuela).
Amor todo es invencion.
Apolo y Clímene (zarzuela).
Asturiano (el) en la corte, y músico por amor.
A cual mejor, confesada y confesor.
A un tiempo rey y vasallo.
Banda (la) de Castilla, y privado perseguido.
Boba (la) discreta.
Carlos V sobre Túnez.
Castigar favoreciendo.
Cantero (el) de Constantinopla.
Clicio y el sol (zarzuela).
Cumplir á un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.
Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.
Cuentas (las) del Gran Capitan.
De los hechizos de amor, la música es el mayor, y montañés en la corte.
De leve chispa gran fuego.
De comedia no se trate, allá va ese disparate.
D. Juan de Espina en Madrid.
D. Juan de Espina en Milan.
Dichoso (el) bandolero.
Domine (el) Lucas.
Estrago (el) en la fineza.
Fieras afemina amor.
Fortuna te dé Dios, hijo.
Hasta lo insensible adora.
Honor (el) da entendimiento, y el mas bobo sabe mas.
Hazaña (la) mayor de Alcides.
Heróica (la) Antonia García.
Invencible (la) castellana.
Imposible (el) mayor en amor, lo vence amor.
Lo que va de cetro á cetro, y crueldad de Inglaterra.
Lo que vale ser devoto de S. Antonio de Padua.
Mas ilustre (la) fregona.
Milagro es hallar verdad.
Montes allana el desden (zarzuela).
Muerta viva (la) Santa Cristina.
Mas amada (la) de Cristo, Santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte.
Monstruo (el) napolitano, ó el error y el escarmiento.
No hay con la patria venganzas, y Temístocles en Persia.
Nuevas (las) armas de amor.
Picarillo (el) en España.
Príncipe (el) D. Cárlos.
Prodigio (el) de la Sagra.
Pleito (el) de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez.
Por acrisolar su honor, competidor, hijo y padre.
Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero.
Pedro Urdemalas.
Rey (el) Enrique el enfermo.

Santo niño (el) de la guardia.
Sacrificio (el) de Ifigenia, primera y segunda parte.
Señora (la) Mariperez.
Si una vez llega á querer, la mas firme es la muger.
Santa Brígida.
Santa Francisca Romana.
Santa Juana de la Cruz.
Sol (el) de Occidente.
San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.
Sin caridad no hay fortuna.
Tambien por la voz hay dicha.
Tres (las) comedias en una.
Telémaco y Calipso (zarzuela).
Valor (el) cómo ha de ser.
Ventura (la) por la voz.
Viva (la) imágen de Cristo.
Vida (la) del gran tacaño.
Un precipicio con otro.
Yo me entiendo y Dios me entiende.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

LOS YOLOFS.

Estos negros del Senegambia, y cuyo nombre se escribe tambien *Jolofs*, *Ghiolofs* y *Valofs*, forman uno de los pueblos mas notables de aquella parte del Africa. Ocupan casi esclusivamente el territorio comprendido entre los rios Senegal y Gambia, desde Podor y Pisania hasta la embocadura de los mismos: dicho territorio tiene unas 4,000 leguas cuadradas, y lo habitan 500,000 individuos. Segun la tradicion, formaba antiguamente un solo imperio, cuyo jefe, que residia en el Senegal, se llamaba *Burba*, esto es, emperador ó rey: despues, algunos pueblos desmembrados de tan vasto estado cayeron en poder de naciones estranjeras; pero otros se encuentran todavia regidos por sus jefes naturales, como el Valo, donde está la colonia francesa del Senegal, el Kayor, el Baol, el Barra y algunos mas. Los Yolofs son los negros mas bien formados que se conocen, así como altos y robustos: sus facciones pueden pasar por hermosas, y su fisonomía inspira confianza.

Esta raza es la mas negra del Senegambia, lo cual prueba que el color mas negro no radica precisamente en las mas cálidas latitudes, ni en las que se hallan mas tiempo espuestas á los rayos perpendiculares del sol, porque los Yolofs viven en el Norte de la Nigricia.

Tambien sobresalen por sus pretensiones, por la ventajosa opinion que tienen formada de sí mismos, por un valor que procede de la escelencia de su raza, y por la tradicion que conservan de su antiguo poderío. Cuando se dice á un Yolof que es negro, contesta al punto: «Mí no ser negro: mí siempre Yolof.»

Además de sus ventajas físicas, propenden tanto al órden y á la civilizacion, se inclinan tan naturalmente á las costumbres pacíficas y domésticas, que no seria aventurado conjeturar que descienden de aquella colonia de los antiguos Etiopes, de la cual dice Herodoto que se componia de los hombres mejor formados, y cuyo carácter era tan suave, que Homero les llamaba *intachables*.

Los Yolofs hablan un idioma que les es propio, el *Valof*, dulce, gracioso y de muchas vocales y facil de aprender, como la mayor parte de las lenguas etiopias. Son sedentarios, y habitan en poblaciones mas ó menos grandes: el cultivo del algodon, del mijo, de varias legumbres, del indigo y del tabaco, unido á los animales que crian, provee completamente á sus necesidades. No hacen mas que dos comidas diarias; una al salir el sol y otra al anochecer. Nunca se presentan los niños en la mesa de los mayores, y cuando por casualidad ven comer á sus padres, vuelven la cabeza hácia otro lado en señal de humildad y de obediencia.

Sus casas son en estremo sencillas; pero estan construidas con solidez y únicamente de juncos: una puerta de paja completa su seguridad.

El traje de estos negros, no obstante su pobreza, no carece de gracia: los hay que llevan dos pedazos de tela de algodon rayado, ceñida una de ellas á la cintura, y la otra echada con negligencia por los hombros: muchos de ellos se endosan el *cusab*, especie de blusa ó ropon sin mangas, siendo siempre el de los jefes principales de color amarillo. Estos van por lo regular con la cabeza descubierta, pero los demás usan un casquete de tela, ó bien un birretillo que forman con dos pañuelos de diferentes colores.

Los tres negros de dicha casta, cuyos grabados van en este número, representan, el primero un jefe Yolof, el segundo un Yolof cazador, y el tercero una muger del país.

Casi todos llevan pendientes del collar con que se adornan el cuello unos saquillos de tela ó de cuero, encarnados, azules ó blancos, que contienen talismanes preservadores: tambien suelen usar una especie de cartuchera donde guardan el tabaco, y cuando viajan añaden á su atavío un saco de piel de tigre ó de leon, en el cual almacenan sus provisiones de boca.

Los trajes de las mugeres de este pueblo son sumamente pintorescos. Lo único que diferencia á las esclavas de sus amas, ó de las hembras libres, consiste en el derecho de adornarse con collares y con braceletes de oro y plata. En la isla Bathuret, situada en la embocadura del Gambia, las *Yolofes* cubren sus cabezas con una especie de turbante hecho de muchos pañuelos rayados, el cual forma en la parte posterior de la cabeza un cono muy agudo, y remata en una cinta de oro. Tambien suelen calzarse en dias muy señalados.

La negra Yolof, que figura nuestro grabado, está representada en traje de casa, ó mejor dicho, en el que llevan generalmente todas las de su clase: su mayor lujo consiste en la riqueza de los adornos que cubren su cuello y sus muñecas, y en los vivos colores de las telas de sus túnicas. Siempre van con la cabeza descubierta, pues el turbante de que hemos hablado solo es propio de las esclavas; pero tienen gran cuidado de arreglarse *las pasas*, formando con ellas caprichosos rizos, á fuerza de aceites y cosméticos, que domestican su dureza y rebeldía.

Las mugeres Yolofs son muy trabajadoras y hacendosas, pero tratan con bárbara crueldad á las esclavas que la suerte de la guerra hace caer en sus manos.

LA MASCARADA.

(NOVELA.)

> ¿Sabes que es horroroso todo esto? ¿Sabes que seria necesario inventar un nuevo suplicio para la muger que olvida sus deberes? ¿Sabes que el asunto merece la pena de pensar en ello?
> *Párrafo VI de esta obrita.*

I.

El que quiera saber lo que sucedió en Madrid hace algunos años, que lea estas páginas, y lo sabrá.

Una de esas mañanas entoldadas y húmedas que suceden por lo

comun á los dias lluviosos del invierno, atravesaba la Puerta del Sol con direccion á la calle de la Montera una hermosa señora como de veintiocho años, cuya figura, atavio y ademanes no pudieron menos de llamar la atencion á los mil y un curiosos que invaden constantemente las aceras de aquel célebre cuanto bullicioso lugar.

Para el que no conozca á fondo al pueblo de las grandes capitales, y muy principalmente al pueblo de Madrid, deberemos decir que en tales dias y en sitios tan frecuentados y céntricos, la concurrencia, lejos de estar en armonía con la intemperie de la atmósfera, parece y lo es en efecto mayor y mas curiosa de lo que en dias despejados se manifiesta. Y es que los valientes madrileños y las aun menos cobardes madrileñas tienen como á especie de gala esto de desafiar las inclemencias del tiempo, sin que los vientos, las aguas ni los lodos los obliguen á suspender su obligado y predilecto callejeo.

Por eso en la mañana que comienza nuestro relato era grande la afluencia de personas que se notaba en la Puerta del Sol: los unos aparapetados en las aceras, contemplaban inmóviles los apuros del caminante, mientras que las otras, arremangadas de traje y un si es no es turbadas y confusas, procuraban salvar á saltitos los baches, los arroyos y las lagunas.

Buenas y oportunas observaciones salian de los diferentes corrillos estacionados aquí y allá á propósito de los varios incidentes y estrañas esposiciones á que daba lugar la proverbial torpeza del sexo débil; pero en ninguno de los círculos eran tan grandes la animacion y el chiste como en el presidido por un moceton capitan de caballería (llevaba dos charreteras) alto, rubio y colorado, el cual á grandes voces y con significativos ademanes habíase encargado de señalar los defectos ó bellezas que notara en cuanto de reservado dejasen traslucir las desgraciadas transeuntes.

Debemos decir en honor á la verdad que no faltaban motivos de burla y de chacota. En aquella ocasion no se habia generalizado entre las señoras el uso de los pantalones, ni menos aun el de ese fatal gancho recien importado de Francia, invenciones ambas que han venido á robar la esbeltez y la gracia de nuestras lindas compatriotas. En aquella ocasion las señoras de la aristocracia traíanse los vestidos de atrás adelante para evitar el salpique de los lodos; las de la clase media alzábanse las ropas por el lado derecho; las recien casadas elevaban sus faldas con ambas manos, temerosas de ajar sus flamantes prendas; las jóvenes de provincia se daban un pellizquito por delante, y las hembras del pueblo echábanse la saya por la cabeza sin andarse con dengues ni requilorios. Y estas sí que eran las verdaderas costumbres españolas, y esto sí que era enseñar con garbo lo que es para visto, y esto sí que era saber ocultar lo que ocultarse debe. Pero vinieron despues los pantalones y el gancho; lo primero para servir de lo que despues se dirá, y lo segundo para hacer que nuestras graciosas españolas adquieran el aire marcial del ranchero que prende con alfileres el pico de su levita por no mancharlo de bazofia. Vinieron los pantalones, decíamos; y ¿para qué vinieron los pantalones?

A vosotras nos dirigimos, hermosas jóvenes de diez y seis años, cándidas é inocentes niñas que no teneis aun de vuestro sexo mas que el genérico nombre de muger; á vosotras que no participais de esas mil debilidades que acometen bien pronto á todas vuestras compañeras; á vosotras que coqueteais por imitacion, que cometeis torpezas porque otras las cometen, y que os poneis en evidencia porque en evidencia os hacen poner; á vosotras á quienes roboriza una palabra, una accion, un furtivo movimiento de ojos, porque vuestra alma es pura y vuestros sentidos se niegan á todo lo que no es digno y decoroso; á vosotras, verdaderas vírgenes, á vosotras nos dirigimos; no querais imitar nunca á las que gastan pantalones para cubrirse; si vuestra madre os obligase á usarlos, hacedla desistir de su propósito: ella ¡la pobre señora! cree de buena fé que con ellos va á cubrir vuestras piernecitas, y lo que hace verdaderamente es ponéroslas en evidencia. ¿Sabeis lo que son los pantalones? Mirad que os lo dice un hombre: son la concha de escayola de que cubren las torres telegráficas para que el observador atine á primera vista; son el punto blanco que aparece en la plancha del tiro de pistola; son unas trompetitas vocingleras que van diciendo «mirad». Sí, hermosas y sencillas jóvenes, dejad caer vuestros vestidos cuando transiteis por las calles en tiempos de lluvia; dejadlos arrastrar por el fango sin consideracion á la limpieza; ¿cuánto mejor es llevar á casa manchas en el vestido, que no manchas en la conciencia? Además que las manchas del traje desaparecen fácilmente con un poco de agua, mientras que las manchas del pudor, escuchadlo bien, hermosas niñas, las manchas del pudor no se lavan ni aun con torrentes de lágrimas.

¿Sabeis lo que sucedió á Magdalena por seguir ese coquetismo de imitacion?

Magdalena era de las señoras que se ataviaban muy de mañana los dias húmedos del invierno, para llamar la atencion por las calles de Madrid. Y no con la malicia de una muger perdida, sino con el afan de hacer lo que otras hacen, con el propósito de seguir la moda, con la falta de tino de una jóven que goza de cierta libertad.

La mañana que atravesó la Puerta del Sol, llevaba Magdalena un traje de sarga azul graciosamente plegado á su estrecha cintura; la mantilla española que con tan airoso garbo solia gastar, adornaba esta vez su alegre rostro ligeramente rosado por el azote del viento; y sus bucles que ondeaban, y su camisolin bordado que se descubria, y su preciosa mano bastante apenas á contener la arruga del traje que se alzaba, todo contribuia á que los curiosos fijasen la vista sobre aquella jóven, que al saltar de puntillas algun pequeño arroyo dejaba ver un lindo pantalon guarnecido de encajes, cuya blancura hacia resaltar el brillo de su pequeña bota de raso negra. ¿Cómo no habia de agradar al capitan?

Así lo espresó este una y cien veces delante de todos los del corro, y no tan quedo que dejase de llegar hasta los oidos de la jóven esposa. Ella procuró acelerar el paso con el fin de evitar las miradas de los ociosos; pero su presteza no fué tal que impidiese al mozo de las charreteras seguirla por la calle del Cármen, diciéndola casi al oido palabras tan lisonjeras como atrevidas.

Magdalena en aquel momento se arrepintió sin duda de su torpe paseo. Y no porque el aire del capitan le desagradase, ni porque

aquellas halagüeñas palabras dejasen de producir en su ánimo cierta presuntuosa satisfaccion, sino porque temia que el osado mancebo la creyese alguna muger vulgar, dispuesta á dar las señas de su casa enseñando el camino; porque temia que los desafueros del jóven concitáran contra ella las burlonas miradas de la multitud. Magdalena tambien debió acordarse en esta ocasion de su marido: dió media vuelta precipitadamente y se entró en una guantería. El capitan la siguió quedándose á una respetuosa distancia. Semejante accion era ya osada en demasía; por eso creyó la jóven que aquel importuno se cansaria de esperar, y comenzó á probarse guantes por docenas. El capitan sin embargo estaba de otro parecer: se propuso esperar, y esperó. Iba pasando tanto tiempo, y se habia ya probado tantos guantes, que Magdalena se decidió á dejar el almacen; pero como el de las charreteras salió tras ella con la impasibilidad de hombre que acompaña por fuerza, no quedó á la jóven otro arbitrio ¡y esto solo á una muger le ocurre! que el de dar otra vuelta tan intempestiva ó mas que la primera, y entrar de nuevo en la guantería. ¡Inútil precaucion! El capitan arqueó las cejas, despegó los labios con estrépito, y volvió á tomar posesion del quicio de la tienda, no ya como hombre que aguarda

con resignacion, sino como acompañante á quien desesperan las impertinencias de su dama; y tanto fué esto así, que al ver el sufrido guantero las importunas reclamaciones que la jóven le hacia, dijo dirigiéndose al capitan:

—Su señor esposo de V. es testigo de que no ví que el guante estuviese manchado.

A lo cual Magdalena no pudo menos de ruborizarse y aun de quedar asombrada, porque el llamado esposo movió la cabeza afirmativamente, y se encojió de hombros como demandando paciencia del guantero.

El atrevimiento no podia ser mayor... y fuerza es confesarlo, tampoco carecia de gracia. Magdalena se resignó pues á sufrirlo todo, con tal de verse pronto en su casa, libre de aquella pesadilla: tomó el camino lo mas aceleradamente que pudo, y gracias á la proximidad en que se hallaba, tuvo que sufrir por poco tiempo las íntimas relaciones del capitan, que descaradamente iba haciendo las veces de marido. Al llegar á la puerta la jóven respiró con desahogo.

—¿Esas tenemos? (dijo para sí el capitan). Lo que ella queria era que pagara los guantes en la tienda y que viniese luego á acompañarla. En cuanto á lo primero, nones: por lo que hace á lo segundo, eso ya es diferente.

Calóse los guantes, suspendió la espada en su cintura, y enderezó escalera arriba tras de la jóven. Un momento hacia que la puerta se habia cerrado con grande estrépito, cuando el atrevido militar hizo sonar de nuevo la campanilla. Asomóse una sirvienta al ventanillo y preguntó quién era.

—¿Qué la diré? murmuró el mozo. Lo mejor será preguntar por mí mismo, que en cuanto ella oiga mi voz mandará abrir.

—Dí, hermosa muchacha, esclamó el capitan con aire de franqueza, ¿es aquí donde vive el teniente Alvarez? Las dos charreteras que llevaba no eran sin duda alguna de capitan.

—Aquí vive, contestó la muchacha.

—Esto es hecho, dijo para sí el teniente frotándose las manos: buena mañana se nos prepara. Pues abre, prenda mia, que espera y lo esperan...

La criada abrió en efecto y suplicó al señor militar que aguardase un momento mientras pasaba recado á su amo.

—¡Bien dicho, prenda! esclamó Alvarez dando á la muchacha una palmadita en el hombro; esto se llama una mozuela lista. Mira, dile que no se ande con cumplidos.

La chica se encojió de hombros y desapareció: un instante despues mandó entrar al desconocido en el gabinete de su amo.

Fácil será hacerse cargo de la sorpresa del mozo, cuando en vez de la dama, para quien poco há daba el encargo que hemos escuchado, se encontró con un hombre como de sesenta años, de rostro grave, de continente poco afectuoso, y que lejos de haber pensado andarse con cumplidos, se abotonó el saco que tenia puesto, y dejando su asiento encaróse con el capitan para decirle:

—Yo soy el teniente coronel Alvarez, ¿qué se le ofrece á V.?

II.

Por poco lince que sea el lector (y nosotros le hacemos todo lo contrario) ya habrá podido formarse una ligera idea del carácter de las personas con quienes le hemos puesto en conocimiento. Si algo le falta aun, vamos á satisfacer su curiosidad.

El capitan Alvarez, teniente efectivo de un regimiento de lanceros, acababa de cumplir veintisiete años. Tenia una talla estraordinaria, era recio de carnes, blanco de cutis, rosado de color, vivo de ojos, sonrisa maliciosa, desvergüenza inaudita, una espada tan larga como la que mas, y unos puños tan fuertes como los que menos. Prometia mucho, provocaba mucho, chillaba mucho, pero en llegando el momento, Dios guarde á V. muchos años. Las mugeres sin embargo se despepitaban por él.

Y es que á las mugeres les sucede casi lo mismo que á los hombres: dadles buena corteza, y lo de adentro que se lo lleve el diablo.

La corteza del teniente de lanceros era inmejorable. Ponedlo en medio de cien jóvenes de talento, y de seguro que cualquiera muchacha se dirige á él. Además que no era tan vulgar como nosotros nos empeñamos en decir, porque en los catorce años que llevaba de regimiento, sabia montar una guardia, lavarse los guantes de castor, tirar el sable y darle de palos á su asistente. Sobre todo, lo que hacia con suma gracia era retorcerse el bigote. ¿Qué muger habia de resistírsele? ¡Pobre Magdalena!

Magdalena venia á tener la misma edad del capitan. Ya conocemos sus cualidades físicas: dos palabras mas y conoceremos las morales.

Era coqueta.

Su madre la criaba con el mayor esmero, y al verla tan bonita dijo para sí: «buena boda.» ¿Cuánto mas valia que hubiera dicho: buena hija, buena esposa, buena madre?... Pero no fué así. Cuando sobrecargada de adornos y de afeites la sacaba á paseo, en vez de irla enseñando con el dedo aquellos jóvenes, que por modestos, ingeniosos, aplicados y dignos reconoce Madrid en todas ocasiones, ibala diciendo á media voz: «ve ahí al hijo del banquero fulano; ese es el heredero del general citano; por allí va el huérfano del capitalista mengano.»

Herederos de grandes títulos, hijos de poderosos, huérfanos de millonarios, hé ahí toda la juventud que conocia Magdalena. Pero ni los capitalistas, ni los títulos ni los poderosos hacian gran caso de la bella jóven. Quizá la hubieran aceptado por un momento; pero para toda la vida necesitaban ó querian ellos hijas de títulos, herederas de banqueros, huérfanas de millonarios.

La juventud de Magdalena se pasaba sin éxito, cuando un coronel fresco y sanote que apenas contaria cincuenta y nueve años, hizo postura á la mano de la niña. Tenia su paga corriente, un balazo en una pierna, y ciento veinte mil reales de renta propia. La boda se efectuó al momento. ¡Pobre coronel!

El teniente coronel Alvarez era el hombre mas bendito del mundo. Corazon en el pecho, corazon en la cabeza, corazon todo él, habia amado poco, pero mucho. Una copa de Ginebra, un chicote habano y su Lela, era todo lo que tenia en el mundo. ¿No le habia honrado la jóven al aceptarle por marido? ¿No era él indigno del amor de aquella hermosa muchacha? Pues entonces, ¿qué estraño es que la dejara divertirse y asistir á reuniones y visitar á sus amigos, y vestir como una duquesa, y que se la mimase como á una sultana? Ello sí, Magdalena, ó Lela como él la llamaba, era acreedora á todas aquellas consideraciones. Si vestia, era por darle gusto á su marido; si tocaba el piano, era por agradar á su esposo; si frecuentaba tertulias y paseos, era por complacer á su coronel. El dia en que un hombre decia al teniente Alvarez «anoche vi á Magdalena en el teatro y estaba encantadora,» se bebia el coronel un frasco entero de Ginebra. En cambio, si algun buen amigo le hubiese dicho: «anoche dirigia Magdalena un lente á una luneta que no estaba ocupada por el coronel Alvarez», el coronel hubiera traspasado de una estocada el pecho del amigo.

III.

Cuando el teniente coronel Alvarez le preguntó al teniente capitan Alvarez qué se le ofrecia en su casa, estuvo el jóven militar muy espuesto á no saber qué contestarle. Repuesto á poco de la sorpresa, balbuceó inclinándose cortésmente:

—Dispense V. caballero, que no es V. la persona que buscaba.

—¡Diablo! esclamó el viejo, pues es estraño que no sea yo la persona á quien V. busca, porque no sé que haya otro Alvarez en Madrid de mi graduacion.

—Pues lo hay sin duda alguna, repuso el capitan.

—Es imposible que yo no le conozca, tornó á decir el veterano.

—Repito que le hay.

—Insisto en que no.

—Yo le conozco.

—No puede ser.

—Que sí.

—Que no.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Yo. Aquí.

—¡Diablo! pues no lo entiendo.

—¡Demonio! me esplicaré.

—Eso me gusta, dijo el viejo variando de tono; aquí hay misterio, y yo soy amigo de charadas. Bebamos una copa y hablemos despues como V. guste. Una silla, caballero oficial.

—Y ambos tenientes apuraron gozosos dos anchas copas de esquisito licor, tomando despues asiento el uno enfrente del otro.

—Pues como decia, mi... no se qué... Veo que es V. militar é ignoro...

—Coronel.

—Pues como decia, mi coronel, V. por lo que veo es un hombre francote, y como tampoco soy ningun cartujo, creo que estamos en el caso de hablar con franqueza.

—¡Chica! gritó el coronel, sube un tarro de la cueva....

—Es el caso que yo soy un poco aficionado á las hijas de Eva.

—Ese es mi flaco, dijo el del bigote cano sonriendo maliciosamente. (Escusamos advertir que el coronel Alvarez no hablaba con mas muger que la suya.)

—Y luego como es jóven, y lleva dos charreteras... y... vamos...

—A su edad de V., capitan, se volvian locas por mí todas las muchachas.

—No quiero yo decir que á mí me suceda lo propio; pero...

—¿Y por qué no, señor mio?

—Gracias, mi coronel. Esta mañana he visto en la calle de la Montera una chica... En fin, no hay que pedir. La miro, me mira; la hablo, sonrie; la sigo, me sufre; voy á entrar en su casa, y me da con la puerta en los hocicos.

—¡Demonio!

—Pero es el caso que la chica entró en esta misma casa.

—¡Diablo! ¿seria en el cuarto principal?...

—Seguramente.

—¡Ah! ya caigo, era Luisita. ¡Y qué guapota es!... Con efecto, mucho me gusta; y no crea V.... casi casi me han dado intenciones de decirla... pues... pero como esta pícara de mi Lela es tan lista y tan... á propósito, señor mio, V. no conoce todavia á mi esposa... ¡Lela!.... ¡Lelita!..., comenzó á gritar el coronel, ven, que te voy á presentar á un amigo...

—Tendria mucho gusto...

—¡Lela!!!

—Seguiré despues mi cuento si á V. parece.

—No, no hay inconveniente. Prosiga V.

El capitan comenzó á temblar, pero Lelita no vino.

—Por último, dijo despues de un momento de espera, temeroso yo de que la jóven, al parecer indignada, diese un escándalo, tomo escalera arriba y tiro maquinalmente de ese llamador. Me abren; ¿por quien habia de preguntar? Por mi. Semejante sugeto no era muy fácil que estuviese en casa. Pregunto, me responden, pasan recado, entro, nos encontramos, hablamos, bebemos, fumamos, y con tan plausible motivo nos hacemos amigos.

—Amigos y camaradas, recalcó el coronel con afectuosa espresion. Venga esa mano, y destapemos la segunda botella. ¡Vivan los buenos militares y los buenos mozos!

—A la salud de V., mi coronel.

—A nuestra naciente amistad, mi capitan. ¡Lela!... ¡Lelita!... volvió á gritar el campechano viejo despues de apurar su copa.

Esta vez se presentó la criada á escusar la falta de la señora.

—Dila que no, murmuró el marido, que venga sin cuidado. Nada de vestirse ni acicalarse. El señor es un amigo de confianza y camarada mio. Dila que venga, y que se traiga la llave del piano.

Despues dirigiéndose al capitan continuó:

—¡Es mucho esta muchacha mia! toca el piano como un profesor. ¿Y cantar? Ni un gilguero. ¿Y hacer labores? ¿y querer á su viejo? ¿y todo?... vamos, me alegraré de que V. la conozca y la trate á fondo.

—Yo me honraré mucho...

—¡Ca!... en mi casa sin cumplimientos. Mire V.; yo salgo tres horas todas las mañanas á dar un paseo; desde las doce hasta sentarme á la mesa. Fuera de ese tiempo me paso la vida en casa. V. viene á esa hora, por la tarde, por la mañana, cuando quiera. Si estoy yo, bueno; si nó estoy, Lela no sale casi nunca y le dará á V. conversacion. Hágala V. que toque, que cante: yo no tengo ya influencia con ella en ese particular... ¿Creerá V., capitan, que no he podido hacerla que se fume un veguero ni que apure una copa de este esquisito Ginebra?...

—¡Sea por Dios! esclamó sonriendo el teniente.

—¡Pero qué hará que no viene!... Voy yo mismo á llamarla.

El coronel salió apresuradamente de la estancia, y volvió de allí á poco, trayendo del brazo á su ruborizada esposa.

El capitan y Magdalena dirigiéronse un imperceptible saludo casi sin mirarse.

—Siéntate aquí á mi lado, murmuró el viejo. Este oficial es un amigo mio, y quiero que lo sea tuyo. Es aficionado á la música y á las muchachas; fuma como un turco y bebe Ginebra como un teniente coronel: en fin, le quiero, y esto basta. Venga la llave del piano, siéntate á él, y haznos escuchar esa divina voz. Capitan, V. perdone, dice uno cosas... que...

—Todo lo contrario, dijo con la mayor dulzura el teniente. Yo desde ahora afirmo que la voz de esta señorita será tan angelical como su rostro.

—¡Muchacha! gritó el coronel, ¿cuándo sube esa Ginebra?...

Magdalena, que no despegó sus labios, pulsó las teclas del hermoso instrumento y le hizo espresar algunas notas con sin igual maestria. Los ojos del coronel pareció como que se turbaban de gozo.

—Asi, asi, esclamó dando una palmadita en el hombro de su esposa; canta la melodia del *marinero enamorado*. Oiga V., capitan, oiga V.: es una preciosa sonata. Voy á esplicarle á V. la letra por si no comprende el italiano.

—Con efecto, solo sé un poco... y...

—Pues, lo mismo que yo. A mí tambien me la esplicó el maestro. Suponga V. que es un marinero que está enamorado de su canoa. Es la mas ligera y corredora que se ha conocido en la playa; un muchacho puede conducirla; y en cuanto al marino, con solo pisar su fondo, ¡riff!... se pierde de vista. El la engalana todos los dias, la cubre de flores y guirnaldas, la perfuma, la asea... vamos, con decirle á V. que está enamorado... Pues señor, otro marinero que no tiene canoa, porque no ha sido lo suficiente trabajador para sabérsela ganar, vea V. por dónde diablos se muere de envidia. El dueño de la canoa, el pobre marinero, no comprende nada de las perversas intenciones de su amigo, y creyéndole tan amante de la barca como él mismo, lo lleva siempre en ella y le enseña los resortes de que se vale para hacerla navegar, y en fin, pasa el dia hablándole de su halaja. Pues señor, una mañana, el amante marinero estaba cansado y se durmió tranquilamente, dejando el cuidado de su buque al pícaro envidioso. ¿Qué hace este? Agugerea el fondo de la canoa, deja el timon, salta á una barquilla que se halló al paso, y queda abandonado el pobre marinero enmedio de las olas, hasta que buque y dueño perecen en el fondo del mar. Durante esta catástrofe, el marinero sueña que el amigo está cubriendo de flores su canoa, y despierta para darle las gracias. Al pronunciar esa palabra, una ola lo sepulta con su amada.

—¡Preciosa letra! esclamó el teniente.

—En efecto, es muy linda, murmuró Magdalena fijando sus hermosos ojos en el capitan.

—Vamos, hija mia, canta, dijo el coronel estrechando á su esposa.

Magdalena cantó; el capitan se deshizo en elogios; el coronel lloró de alegria.

—¡Infame envidioso! murmuró despues este último enternecido; ¡oh, la providencia debió dejar vida al pobre marinero para que hubiera ahogado á su rival!

IV.

En casa del coronel Alvarez se estaba hablando casi siempre de un capitan de lanceros que llevaba su mismo apellido. Pero á pesar de esto, el coronel veia muy poco al capitan; porque daba la combinacion de que el capitan iba casi siempre á casa del coronel después de las doce de la mañana, y se marchaba antes de las tres. Por otra parte, el coronel no tenia mucha gana de visitas, y esto consistia en que insensiblemente iba perdiendo el buen humor que habia disfrutado desde su juventud. Así es que no se cuidaba mucho de buscar al capitan, á la manera que el capitan se cuidaba bien poco de solicitar entrevistas con el coronel.

La casa del veterano habia sufrido en pocos dias una violenta trasformacion. Lela se prestaba rarísimas veces á los caprichos de su marido, los cuales dió en llamar tonterías. En cambio tocaba mucho el piano y ensayaba grandes piezas de canto que jamás dedicaba á su esposo, aunque este lo solicitaba á todas horas. El viejo militar compró una hermosa carretela para ver si Lelita tornaba á la amabilidad y agrado de otros dias en fuerza de este costoso sacrificio; pero aunque Magdalena disfrutaba el carruaje con gran placer, gustaba mas de ocuparlo sola (al menos tal le pareció al esposo) ó en compañía de otras amigas, que llevando á la izquierda á su marido.

Una mañana anunció el coronel á su esposa que desearia pasear con ella en el carruaje. Lela dijo primero que no, y después que sí, aunque encargó que pusieran los cristales. El coronel la hizo presente que hacia un sol hermosisimo, y que era por lo tanto mas cómodo llevar descubierta la carretela. Lela insistió en lo contrario, y la carretela se cerró. Despues el coronel tuvo visita, y decidió no salir; pero como Magdalena estaba vestida, la rogó que no desperdiciara la mañana. Cuando Alvarez se asomó al balcon para ver montar á su esposa, observó que habian vuelto á abrir la carretela.

Cuando se quedó solo murmuró para sí:

—Hago mal en quejarme; soy un presuntuoso, un necio; ¿qué valgo yo? Con razon parece como que escusa el que me vean á su lado. ¡Ella tan jóven, tan hermosa!... yo enfermo, viejo!... ¡Oh! ¿cómo pude creer que ella descendiese hasta á amarme?... Bastante hace la infeliz. Me considera, me respeta, me sufre... vive á mi lado sin murmurar!... ¡Sí, esto es bastante! ¡Luego que yo debo aburrirla con mis tonterias!... Querer que una jóven de su mérito se identifique con un hombre que solo piensa en fumar... en beber... digo mal: querer que una jóven de su mérito se identifique con un viejo que solo piensa en amar! ¡Repugnante amor! Perdóname, Lela mia; te he hecho infeliz, he empañado tu hermosura con mi aliento, he agostado tu lozana primavera, y aun soy tan insensato que quiero que pienses solo en mí, que hables solo conmigo, que pases á mi lado tu vida, y que me ames con todo el amor de que tu alma es capaz!... ¡Oh necio!... presuntuoso!!! ¡Conténtate con su indiferencia!... ¡besa la alfombra que ella pisa!... escucha su dulce voz á escondidas cuando ella ensaye para lucirse luego en los salones, y no pretendas nunca acompañarla en público sin cubrir antes los cristales de tu carretela.

Aquel dia el coronel no fumó ni bebió Ginebra. Por la noche pidió perdon á su esposa de una falta que no podia revelarle, y llegó el dia sin que hubiese podido conciliar el sueño.

Así pasaron algunos meses. El despego de Magdalena era cada dia mas perceptible; porque es tal el corazon de la muger, una vez estraviado, que lejos de enternecerse ante el hombre que se humilla y que sufre, se seca mas y mas á medida que un infeliz lo humedece con sus lágrimas.

El único consuelo que quedó al coronel era la voz de su querida Lela. Esta pasaba gran parte del dia y aun á veces noches enteras

epasando al piano las piezas de música mas moderna y de mayor efecto. Jamás recitó ninguna delante de su esposo para agradarle; pero sea como quiera, las escuchaba dia y noche, con lo cual se tenia por feliz. ¿Cómo no se le ocurria á Magdalena complacer alguna vez á su marido cantándole la melodia del *marinero enamorado*?

Aquellos estudios y continuos ensayos tenian un objeto decidido. La esposa del coronel debia cantar en breve ante la escojidísima concurrencia que se reunia en los salones de una dama de las mas ilustres de la corte. El dia en que se verificaba el concierto, dijo Lela á su esposo:

—Ya sabes que estamos convidados para la fiesta de la duquesa.

—Nó me lo habias dicho, murmuró humildemente el anciano.

—Crei que sí. Y bien, ¿qué dices?

—Que irás.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré en casa.

Aquel dia estuvo el coronel mas contento porque su esposa habia contado con él para la reunion. Arregló los papeles de música; mandó por pastillas para aclararla voz, y trajo toda la tarde la casa revuelta para que no faltase nada al tocado de la señora. Por la noche estuvo presente al adorno de su Lela con el cariñoso afan de una madre que arregla el prendido de su hija. Por lo que toca á él, si dejaba de asistir al concierto, no era por falta de deseos, sino porque habia jurado no afrentar con sus canas y su traje vulgar la lozanía y elegancia de su jóven esposa.

Llegado el momento de partir, Magdalena dió la mano á su marido con mas afecto que de costumbre, y este, enternecido, se atrevió á abrazarla. ¡Estaba hermosa!

El carruaje partió; pero Alvarez no fué á acostarse como habia prometido: queria escuchar la voz de su Lela; queria estar presente en su triunfo; queria oir los elogios que se la prodigasen; queria en fin disfrutar siquiera un átomo de lo que le pertenecia por completo. Tomó las llaves del guadarnés de su caballeriza, y se vistió de lacayo.

En aquel tiempo, lo mismo que al presente, disfrutaban las gentes de librea un privilegio que solo es concedido á los grandes y á los cocheros: el de asistir á los bailes y reuniones de la aristocracia. Las antesalas y pasillos de los palacios no se cierran nunca para los criados de libreas conocidas que esperan la salida de sus amos. Allí entretenidos en sus estrambóticas conversaciones, y arrullados por el amor de las estufas, oyen si se canta, divisan las parejas si se baila, y beben y comen de los abundantes restos del banquete. El coronel sabia esta circunstancia, porque alguna vez habia asistido á semejantes reuniones; y aunque á sus propios ojos le humillaba este ardid, no titubeó en adoptarlo como un nuevo sacrificio en aras de su amor.

La reunion estaba brillantísima. Todas las señoras vestian tan bien, y los caballeros todos se presentaban tan airosamente ataviados, que el coronel se alegró unas cien veces de no haber querido ridiculizar á Lela con su presencia.

Pero el goce del veterano llegó á su colmo cuando comenzaron los preludios de una cavatina que habia oido varias veces ensayar á su esposa. Entonces se volvió todo oidos; impuso silencio á los criados que alborotaban, y seguramente no hubiera perdido la menor de las notas sin un estraño incidente que turbó su atencion por algunos instantes. Un caballero jóven que entraba á esta sazon en la sala, se quitó de los hombros el gaban que le cubria, y fué á arrojarlo sobre la cara del pobre cochero ordenándole que lo colgase en la percha. El coronel iba á levantarse para vengar aquella afrenta, cuando recordó el papel que estaba desempeñando: entonces fijó su vista sobre el caballero que acababa de entrar, y reconoció, aunque ya por la espalda, á un amigo suyo con quien hacia dias que no conversaba familiarmente. Era el capitan Alvarez.

A la entrada del capitan en el salon sucedió un ligero pero bien perceptible murmullo, que impidió otra vez al veterano escuchar los acentos de su esposa. ¡Todo eran desgracias para él!

Una salva de aplausos, y otra despues de aquella, y una tercera despues de las dos, pero frenéticos, delirantes, sublimes, hicieron olvidar al humilde lacayo las humillaciones que acababa de sufrir. El triunfo de su Lela habia sido completo. Si en aquella ocasion hubieran estado atentos los criados, habrian visto al cochero desconocido enjugarse los ojos con las mangas de su librea.

Los salones y galerías comenzaron á poblarse de señoras y caballeros, entre quienes no mediaba otra conversacion que los elogios de la linda cantante. El coronel se hubiera marchado entonces; pero ¿quién resistia al deseo de escuchar una por una todas aquellas satisfactorias palabras?

En uno de los grupos mas cercanos al viejo habia tres jóvenes que disputaban acaloradamente sobre el mérito de la sublime artista: dos de ellos sostenian que si se dedicaba al teatro no tendria rival en Europa; y para apoyar su opinion llamaron á un tercero, el cual apenas se acercó á sus amigos les preguntó con marcado interés:

—¿Querreis decirme ante todo quién es esa hermosa muchacha que canta tan admirablemente?

—Pues qué, ¿no la conoces?

—Seguramente que no.

—¡Hombre, pues si es la perla de Madrid!

—¿Pero es soltera... casada?...

—Casada, y con un estafermo.

—Con un mueble de militar que pasa la mitad de la vida borracho, y la otra mitad quejándose de la gota.

—Pues entonces, ¿quién es el pez que se traga ese anzuelo?

—¡Toma! ¿ahora salimos con esa?... Chico, chico, tú estas muy atrasado de noticias!...

—¡Qué quereis!... pero no sabia nada.

—¡Pues si es un escándalo!...

—¡No se habla de otra cosa en Madrid!...

Al llegar la conversacion á este punto, un lacayo, vestido de librea, se habia internado en el salon de descanso.

—¿Pero al cabo me direis cómo se llama esa muchacha?

—Voy á decírtelo, esclamó uno resueltamente. En su casa la llaman Magdalena; pero aquí, en el café, en el Prado y en todas partes, se llama la querida del capitan Alvarez.

(Continuará.)

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

CERTIFICACION Ó FE DE MUERTO.

Un cabo que habia sido condenado á muerte quiso escribir á su muger tan triste noticia, y como hubiese de ser ejecutada la sentencia el viernes, y el sábado llegase la carta á su muger, la escribió el jueves, como si el caso hubiese ya sucedido, en estos términos:

«Querida esposa: Despues de desearte una salud tan buena como »la que al presente gozo, te diré que me ahorcaron ayer entre once »y doce de la mañana; gracias á Dios tuve una muy buena muerte, y »vi con sumo gozo la pena que esto causaba á los circunstantes »Acuérdate de mí, y que tambien se acuerden mis pobres hijos.—Tu »marido que te ama hasta la muerte.»

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Semanario y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra.